

Fernando Savater



De política,
amor y deseo



Carne governada

Ariel

Fernando Savater

Carne gobernada

De política, amor y deseo

Ariel

Primera edición: enero de 2024

© Fernando Savater, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3729-6

Depósito legal: B. 21.832-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Para empezar</i>	15
Capítulo 1.....	25
Capítulo 2.....	51
Capítulo 3.....	67
Capítulo 4.....	99
Capítulo 5.....	145
<i>Despedida</i>	173

Capítulo 1

Considera la agonía de las rosas.

MALCOLM LOWRY, *Bajo el volcán*

Miro mi mano y me parece ver la de mi padre. El familiar archipiélago de manchas, oscuras y rojizas, la acumulación de arruguitas paralelas como un papel doblado y estrujado mil veces que ya nunca puede alisarse del todo, la deformación de la mano izquierda que no puede abrirse y cerrarse por completo y se ha quedado atascada a medio camino, empeorando poco a poco. La tara se llama «contractura de Dupuytren», son cosas que se aprenden a la fuerza, porque cae uno en ellas. Es la denuncia de la vejez, inocultable. Nada de edad madura, de sereno arribo a la época de la experiencia y la sabiduría: vejez sin rodeos ni camuflajes, sin remedio, sin reparación posible, sin vuelta atrás. ¿Tercera edad? Sí, pero no hay cuarta, eso es

lo malo. Un balcón que cruje y se estremece peligrosamente al menor movimiento, con vistas a un abismo tan insondable como irremediable. A ver, a ver... Pues sí, tengo setenta y cinco años. ¿No suena ridículo? Con lo joven que yo he sido siempre... y mira dónde he ido a parar. Si al menos fuera una estancia segura, un punto de llegada no muy cómodo pero con ciertas garantías de perdurabilidad... Sin embargo, nada de nada. Imposible recostarse de manera confortable, hacer pie en lo que noto claramente que son arenas movedizas. La hermosa juventud dicen que es efímera, pero la fea vejez no digamos: además de incómoda y humillante, fugaz. Nadie puede *quedarse* en ella, se va más deprisa que la infancia. La verdad es que los muchos años convierten la vida en un deporte de riesgo. Hoy yo, a mi jurásica edad, corro más peligro de muerte bajando cautelosamente a comprar el periódico en el quiosco frente a mi casa (sí, aún venden periódicos, entre muñequitos, billetes de lotería, cargadores de móvil y otros mil cachivaches) que un joven de veinte años haciendo parapente. Es indecente y de nada sirve encogerse de hombros de forma hipócrita como si no tuviese importancia. Acabo de leer hoy en el siempre inteligente «Verbolario» de Rodrigo Cortés este apunte del que me considero destinatario: «La vejez es la manera que la mayoría elige para suicidarse».

En realidad, supongo que, como a muchos, la vejez me ha cogido por sorpresa. Nunca creí que

llegaría a durar tanto: si hubiera sabido que iba a llegar a viejo, me habría cuidado un poco más, je, je. Solo un pesimista como Schopenhauer (que precisamente murió a la edad que tengo yo ahora) puede pasar sus últimos años confortablemente convencido de que llegará a cumplir los cien. ¡Eso sí que es voluntad positiva, que obliga a la representación jocosa! Ser el archimandrita de los pesimistas y poner su esperanza en llegar a centenario, como si fuera un gran triunfo vital. Lo que es a mí, a partir de los sesenta todo me ha parecido una propina exageradamente generosa, un *encore* que se estira y se estira con nuevas piezas del repertorio cada vez más flojas, mientras el decreciente público aplaude menos y consulta su reloj con mayor frecuencia. En realidad, desde que murió Sara, mi Pelo Cohete sin pecado concebida (¡hace ya ocho increíbles años!), di por cancelado mi apetito de vivir. Ya he contado mi historia de amor con Sara en un libro anterior (*La peor parte*) y no me parece aconsejable, ni siquiera decente, volver a esbozarla aquí. Pero ¿de qué más voy a hablar, si es lo más importante que me ha pasado? Baste decir que lo que me ayudó en pleno desgarramiento a sobrellevar las últimas atroces semanas de su agonía fue la íntima convicción de que yo apenas la sobreviviría. Tenía obligación amorosa de estar a su lado hasta el final (ella repetía mi nombre entre convulsiones, para insultarme o llamarme con postrera angus-

tia), pero después de su último suspiro, ni un minuto más.

Pasó el trance atroz, más devastador que todo lo que había podido imaginar. Después, durante los primeros días, sentí esa mezcla de anonadamiento y cierto alivio: ya no sufre, ya no me llama, ya no tengo que pensar qué más hacer, qué viene ahora... Supongo que es la sensación del jugador o el deportista cuando han perdido la partida definitiva por la que tanto se esforzaron, del general derrotado en su última batalla: por fin todo acabó, no más esperanza ni por tanto vigilia para preparar otra estrategia, llegó lo irreparable y ya no tengo responsabilidades ni incertidumbre. Solo queda el estupor, el bendito estupor del fracaso total que nos dispensa de intentarlo de nuevo. En cierta forma, me decía, yo soy el que realmente ha muerto, porque Pelo Cohete no es ya *consciente* de su muerte como yo lo soy de la mía. Qué raro es imaginar que ella no sabe que se ha muerto... Ella, que se daba cuenta de todo mucho antes que yo. Por tanto, era inútil seguir compadeciéndola, pero aún podía autocompadecerme, con lo que eso me gusta... Diré en mi descargo que aún entonces, en aquellos atroces primeros días (tampoco ha habido muchos buenos después), me avergonzaba de sentir este embotamiento en el que la anestesia emocional me parecía una sufrida antesala de la indulgencia plenaria. Cuando pasó este primer traumatismo, empecé a estudiarme, primero con

cierta curiosidad y luego con impaciencia: a ver, ¿cuándo iba a morirme?, ¿dónde estaban los síntomas de mi próximo fallecimiento? Tenía que reconocer que mi salud no se resentía por mi tristeza, por la experiencia lacerante de la ausencia de mi amada, por los continuos accesos de llanto que me asaltaban de improviso al cruzar una calle o charlar con un amigo. Por el contrario, yo parecía *nutrirme* de esas experiencias negativas: aunque fuese de un modo aciago, daban cierto sentido a mi vida. Lejos de ir socavando mis defensas, eran mi principal defensa vital. Me encontré parapetado tras mi tristeza. Tal es la potencia del verdadero amor: cuando vivía y estaba junto a mí, ella me inyectaba fuerza y tutelaba mis afanes; ahora, desaparecida en la bruma de los pasos perdidos y las voces ya inaudibles, convertida en doloroso recuerdo, seguía sosteniendo mi existencia como una divinidad tan amable con su último feligrés que ni muerta lo abandonaba. Borges escribió que quien se enamora funda una religión cuyo dios es falible: pero lo verdaderamente grave es que se trata de un dios mortal, que un día sin más ni más puede imponernos su ausencia como antes nos doblegó con su presencia. Una divinidad que ejerce su dominio tanto si está como si no está, siempre para darle *intensidad* a nuestra vida... Con la diferencia de que la presencia es temporal, está siempre amenazada por el desvanecimiento, mientras que la ausencia ya es indestructible, invulnerable. Pelo

Cohete nunca dejará de haber *desaparecido* de mi vida: la angustia de su ausencia me obliga a tenerla presente para siempre..., o sea, hasta que me ausente yo.

Una de las formas contemporáneas de la imbecilidad que más me ofenden (debo hablar de bastantes en las páginas sucesivas, que ahora solo están en mi aún remota *mala* intención) es la condena pseudofeminista del amor romántico. ¡El amor romántico es una trampa heteropatriarcal, como todo lo malo que nos acaece! Lo propagan bobas incurables, mecánicas del garaje de reparación de corazones, que consideran la forma más noble y alta del erotismo como la peor de las averías. Cuando la verdad es que solo quien ha amado o ha sido amado románticamente puede comprender la versión no institucional de la liberación femenina... ¡tanto para mujeres como para hombres, naturalmente! Yo admito que no he conocido muchos sentimientos hermosos y quizá humanamente indispensables, que he padecido atrofia espiritual (ese mar de hielo interior que debe romper el hacha de la gran literatura, según Franz Kafka), pero al menos he estado poseído por el amor romántico. Y por tanto sé para qué puede servir una vida no desperdiciada, una vida no dedicada a conseguir *algo* visto como clave de lo feliz sino entregada a *alguien* a quien debemos llevar hasta la felicidad o al menos resguardar de la desdicha. Y siempre la duda, claro, el miedo, el hermoso miedo a equivocarnos...

Bien, ya está, tuve mi oportunidad y con peor o mejor tino la aproveché: viví para alguien, o sea, tuve acceso por un tiempo a la vida superior. Pero una vez perdida mi Pelo Cohete... Recuerdo una y otra vez, imborrables, atroces pero casi impersonales, las palabras de la enfermera que se inclinó sobre ella, ya silenciosa después de tantos gemidos, a las tres de la madrugada: «Ha fallecido». ¡Y yo por un momento, atontado por el sueño y el horror, pensé que se refería a mí! No puede pronunciarse la condena más fatal de modo menos patético, más institucional: ha fallecido. ¿Por qué entonces llorar sin consuelo, tener convulsiones que desgarran el pecho, retorcerse en la náusea de la desesperación... si solamente «ha fallecido»? Nada más ha fallecido, algo muy corriente, otra rutina. Solo una costumbre más, aunque sea la última y la más irrenunciable de todas. Y ya ven, son las tres de la madrugada de un 18 de marzo como cualquier otro. Ese dictamen, «ha fallecido», lo he oído miles de veces, referido a personajes públicos, papas o presidentes, amigos, familiares, simples conocidos... ¿Sabes? Fulano ha fallecido. Ya era muy mayor o no era tan mayor, pero, en fin, ha fallecido. Sí, ha fallecido, como ha llovido y ha amanecido. Ha anochecido ya... Y no siempre es algo lejano, casi impersonal, porque mis abuelas y mi abuelo han fallecido (mi abuelo Antonio, al que tanto quería) y mis padres... Mi padre ha fallecido y también mi madre: desde entonces ni una

sola noche he dejado de soñar con ellos. Cuando iba a morir mi madre pensé: si sobrevivo a eso, ya nada podrá conmigo. Pero ahora quien ha fallecido es ella, mi Sara, mi Pelo Cohete. Mis padres, mis hermanos, mi hijo, lo que más quiero, han sido o son *míos*, míos..., pero no como ella era mía. Ella fue mía de un modo en que solo ella podía serlo, únicamente mía, lo único mío... Mi aliento es mío, mis dolores son míos, mi corazón que aún late y los dedos retorcidos de mi mano izquierda son míos, pero ella era más mía que todo eso, mía de un modo en que nada lo había sido y nada volverá a serlo. De un modo que nadie ajeno sabrá nunca. Ahora su ausencia es mía y nada de lo que tengo es tan mío como ella, que ya no está. Es a ella a quien se refieren al decir: «Ha fallecido». Pero ¿cómo, si ella es mía y yo no quiero que fallezca? ¿Qué será de mí, si ha fallecido? Son ya para siempre las tres de la madrugada...

Bien, ella ha muerto y yo sigo vivo. Pronto comprendí que la vida que ahora me esperaba sería penosa, enraizada en la tristeza, pero tan sólida como la de los más alegres. Un poco a regañadientes, como si traicionara un compromiso, empecé a pensar a qué me dedicaría mientras durase, más o menos a la fuerza. Comer y sobre todo beber seguían siendo ocupaciones agradables (nunca, ni en los peores momentos, soy de los que pierden el apetito, no digamos la sed, que aumenta con las contrariedades...), pero son tareas de manteni-

miento y poco más. Lo mismo digo de un placer aún mayor, el sueño. No conozco a nadie que duerma tan provocativamente bien como yo y sobre todo que disfrute tanto durmiendo. Los creadores más interesantes a quienes he tratado padecían casi todos insomnio (Kafka, Borges, Cioran...), por tanto siempre he tenido admiración por el mal dormir, sobre el que ha escrito páginas muy interesantes mi amigo David Jiménez Torres. Pero debo admitir que es otro indicio de genialidad que me falta. Una de las cosas que peor llevé de la larga agonía de Pelo Cohete eran las vigiliadas en el hospital, cuando tenía que quedarme con ella por la noche, cuando se quejaba, llamaba a las enfermeras o los médicos a horas imposibles, quería desayunar churros a las tres de la madrugada... Yo sufría con ella, compadeciéndola, rabiando por ver que no podía descansar, que la pobrecilla había perdido la capacidad de descansar..., pero en el fondo lo que no le perdonaba es que no me dejara dormir. ¡Qué vergüenza sentía, la siento aún, cuando pienso que me irritaba con mi moribunda adorada porque no se dormía de una puñetera vez y me dejaba dormir a mí! ¿Se puede ser más egoísta, más insensible? Pero es que yo tenía que dormir, me era imprescindible, y en la situación de angustia que vivía durante el final de Pelo Cohete aún más. Cuando murió, los primeros días, amigos compasivos me recomendaban Orfidal y potingues semejantes para conciliar el sueño

y yo los tomaba hipócritamente, con lamentable expresión de agobio, como si los necesitase. Cuando en realidad lo único positivo de la pesadilla que estaba viviendo es que por fin podía dormir a mis anchas, sin interrupciones ni sobresaltos...

Para colmo, mis sueños no solo son plácidos sino por lo general muy divertidos, encantadores. Claro que tengo de vez en cuando alguno de esos sueños incompetentes, pegajosos, que se atascan y se repiten hasta un comienzo de angustia. Demasiado parecidos a lo que llamamos vida verdadera... Pero por lo general los míos son como películas de clase B (¡o Z!) de las que me gustan, intrincados pero ingenuos, llenos de gags, que frecuentemente me hacen reír sin despertarme. ¡Y qué aventuras más estupendas suelo correr, casi siempre con un toque marinero! A pesar de mi afición a Lovecraft (sin duda uno de los escritores que más ha marcado mi imaginación), no me he contagiado de sus nocturnas visiones de corte morboso. Cuando aparecen hongos de Yuggoth en mis noches siempre tienen cerca algún elemento liviano o trivial para ayudarme a pasar el trago. El toque más triste en mis sueños siempre suele aparecer ligado a mis padres, con quienes como he dicho sueño invariablemente todas las noches. Los veo, los amo, y pienso en el momento terriblemente doloroso en que voy a verlos morir. Sobre todo, en el caso de mi padre, que aparece casi siempre muy viejo, inestable sobre sus piernas, algo in-

coherente en lo que dice o hace... como lo vi durante tanto tiempo (o que me pareció mucho) en mi adolescencia: nunca salí de viaje sin pensar que moriría antes de que yo volviese a casa. Finalmente estuvo a punto de ocurrir, cuando mi hermano y yo estábamos en Epsom, en el Derby de 1978. Volvimos a toda prisa y llegamos a tiempo, porque murió tres o cuatro días después. Mi madre se me aparece en cambio por lo común rozagante de salud, pero al verla e interactuar con ella me obsesiona que pronto tendré que verla morir: va a morir, va a morir enseguida, ¿cómo es posible que ella también muera? Hasta que, por fin, en el sueño que se iba pudriendo, sopla una ráfaga de aire fresco: pero ¿por qué me preocupó si ya han muerto? El momento atroz ya ha pasado, no tendré que volver a sufrirlo. Ahora están a mi lado, acompañándome, reconociéndome, y por lo que a mí respecta nunca volverán a morir. El alivio que siento es parecido al de un paciente al que la temida radiografía no le revela más que un tumor benigno. También cuando Pelo Cohete se incorporó a mi Dreamland (creo que soñamos por las noches para volver a encontrarnos con nuestros muertos) no lo hizo del modo dramático y atroz que hubiera cabido esperar. Al contrario, me tranquilizaba, se reía de mi pena por su ausencia, me aseguraba que nos veríamos todas las noches. «Seguimos juntos, ¿qué más da vernos de día o de noche?». Al principio, verla en sueños fue lo más

parecido a la alegría de que disfruté en mi persistente tristeza. Después se fue yendo otra vez y ahora sueño ya poco con ella...

Pero no podía dedicarme solo a dormir, tal vez soñar. Si la muerte no parecía de momento inminente (a ver, seamos sinceros, yo vivía con desgana, pero la muerte no me apetecía en absoluto), debía buscar ocupación en algunas de mis escasas habilidades. Se supone que yo siempre he querido ser escritor: no filósofo, ni profesor. Es lo que me gusta desde pequeño: ¿qué quieres ser de mayor, chico? ¡Escritor! Ninguna otra cosa, no por supuesto «filósofo» (un título que me suena absurdo, casi tanto como «intelectual», una bobada fanfarrona como *latin lover*). ¿Yo, filósofo? ¡Venga ya! Nunca he creído que un mamífero pueda descifrar el sentido del universo, aunque respeto a seres excepcionales que lo han intentado: Platón, Aristóteles, Spinoza, Kant, Schopenhauer... No me creo que consiguieran nada definitivo ni siquiera aproximado, pero alcanzaron una nobleza que ningún otro ejercicio humano puede superar. Un personaje de Shakespeare dice: «Si vivimos, vivimos para pisotear cabezas de reyes». Yo quiero suponer que el más alto oficio es pisotear cabezas de sumos sacerdotes, de arúspices, de nigromantes, de sabios dedicados al cálculo práctico, pero no al libre y arrebatador pensamiento...; incluso pisotear cabezas de otros filósofos del pasado: este es el oficio filosófico por excelencia, por eso la filosofía es vicio ju-

venil como la soberbia, según explicó bien José Gaos. Solo los más jóvenes son espontáneamente soberbios porque aún creen en su inmortalidad y también algunos viejos muy inteligentes, pero con un flanco pueril como Schopenhauer, que se ufana de ir a llegar a los cien años, como si tal cosa fuese envidiable según su propia filosofía. Ya he llegado a ser más viejo de lo que él alcanzó, por cierto, y de poco me vale... No me avergüenzo de haber sido durante tanto tiempo profesor de Filosofía porque es un ejercicio que mantiene en adolescentes y jóvenes el aprecio por lo inútil, por el juego sin finalidad productiva que es el rasgo más hermoso y sabio de la infancia. Platón dijo que filosofar era «jugar en serio» y para Adorno gracias a que la filosofía no sirve para nada aún debemos ocuparnos de ella. En efecto: cabe decir que la filosofía es vital porque se parece a la vida en que no sirve para nada. Es su lado diabólico, que viene de aquellos espíritus rebeldes que se acogieron al lema más hermoso: *Non serviam!* Antes de doblegarse ya para siempre al «sentido práctico» de la vida adulta, que nos somete a mecanismos laboriosos para convertirnos en esclavos de lo necesario, es aconsejable triscar por un tiempo en el *locus amoenus* de la filosofía. Y los mejores maestros —me incluyo— del saber de lo imposible fomentamos ese tránsito que marcará a ciertas almas para siempre, aunque lleguen luego a caballeros de industria. ¿Corrupción de menores? En efecto, aun-

que por la mejor de las causas: por su bien. Pero sin duda Sócrates fue condenado a muerte con toda justicia.

Lo que es perfectamente ridículo (y por tanto asumido y celebrado por la mayoría de los progres que chapotean en la defensa antifilosófica del filosofar) es que aprender filosofía «enseña a pensar». ¡Ya, y comer gambas enseña a chuparse los dedos! A los humanos no nos queda más remedio que pensar, poco duraríamos de otro modo (aunque conocer a muchos catedráticos de Filosofía haga dudar de este principio). Pero para estos adalides, todo pensamiento debe ser «crítico» —ellos desde luego están en estado crítico— y ese nivel solo puede alcanzarse en clase de Filosofía, en la que se enseña a ser anticapitalista, antiestatal, antipatriarcal, antibinario, antiespeciista y el resto del programa que nos salvará del mal. Si la filosofía tuviera realmente algo que ver con semejante adoctrinamiento para tarados palurdos, tipo Paul B. Preciado o Judith Butler, su desaparición de los planes de estudio de bachillerato debería ser celebrada como un logro de la civilización. No es así, afortunadamente. En cambio, enseñar filosofía puede inculcar el aprecio por lo discutible, y eso sí que es provechoso. Con frecuencia, ante una opinión o una hipótesis, oímos decir de modo derogatorio: «Bueno, eso es muy discutible», lo que equivale a «¡Que te lo has creído!». Sin embargo, decir de algo que es discutible resulta un formida-

ble elogio. Solo lo que pisa aunque sea inciertamente en la dudosa senda del espíritu es discutible, mientras que la estupidez supina o la franca locura son refractarias a la discusión. Aprender a valorar el debate y la duda razonable sobre aquello de lo que nunca alcanzaremos certeza absoluta es un logro nada desdeñable obtenido por la frecuentación de filósofos de pata negra. O por el abnegado magisterio de profesores de Filosofía sin aspiraciones «críticas»... Huyamos, por lo demás, de esa pléyade de «filósofos» de todo a cien que se hacen un hueco en internet y vierten sus ocurrencias dignas de calendario zaragozano a una devota cáfila de miles de seguidores. Tener muchos seguidores en ese ámbito pantanoso es mala señal y hay que evitar a quien los ostenta, por lo mismo que nunca se debe comer en un restaurante con estrellas Michelin o ir a ver películas premiadas con los Óscar.

A lo que iba: se me ha pasado la edad de hacer filosofía, incluso de enseñarla. Y mucho menos de leerla. A veces, en la plaza de la Sorbona parisina, me detengo como tantas veces he hecho durante mi vida ante el escaparate venerado de Vrin, la librería que solo vende libros de filosofía. Veo los títulos, los ilustres autores, las severas portadas... y vuelvo a sentir una punzada de emoción intelectual, casi de arrobamiento místico. ¡A eso y no a otra cosa debo dedicar mi vida! Pero después me sumerge la oleada del aburrimiento: ¡otra vez Hegel, más

Kant y Nietzsche, incluso —*Deus sive natura* me perdone— vuelta a Spinoza! Ya sé, ya sé que alguien digno de su humanidad no debe frecuentar otra compañía, pero si soy sincero debo reconocer que estoy harto de ellos y sobre todo de sus incansables exégetas. Esos maestros insuperables no me devolverán a mi Pelo Cohete: ¿y para qué coño quiero la sabiduría si no la tengo a ella? Leerlos no me dará ni un día más de vida, no impedirá que muera como un perro abandonado en la nieve, como un gusano. Seré borrado como ha sido borrado lo que amé y debo fingir que no me importa porque un avispado griego o un tozudo alemán hicieron unas cuantas consideraciones embaucadoras sobre la muerte que asumiré como alivio si quiero parecer culto. ¡Venga ya! Lear tiene razón cuando con el cadáver de la dulce Cordelia en sus brazos brama contra el desafuero que supone cualquier roedor vivo frente a su hija muerta. «En nada piensa menos el hombre libre que en la muerte», enseña el sabio más amable, el inexpugnable Spinoza. Ah, ¿no? ¿Para ser libre debo dejar de pensar en mi amada muerta, en que ya no volveré a verla y ni siquiera mi muerte me la devolverá? Pues entonces prefiero la esclavitud obtusa del dolor que se niega a entender y aceptar, la locura rebelde de Lear. Desabrochadme este botón...

De modo que no hay consolación de la filosofía para mí. Hay cosas, como la bebida o las carreras

de caballos, que no salvan, pero por lo menos no aburren. Desde que murió mi Pelo Cohete sé que la filosofía ni salva ni hace olvidar, pero me parece muy competente en lo tocante a aburrir. Quizá ella misma no tenga la culpa: no está hecha para lograr milagros sino para resignarnos a que no existan. Por lo visto, soy de los que no se convencen, de los inconformistas con lo que los razonamientos dejan bien claro. A fin de cuentas, el último resultado de los inteligentes y bien trabados argumentos filosóficos siempre es el mismo: esto es lo que hay. Bajo la cabeza, parece que acato, pero luego me rebrota el pataleo infantil: ¿eso es lo que hay? Entonces, ¿por qué no intentamos hablar de lo que no hay? Actitud que groseramente se conoce como «mear fuera del tiesto». Perdonen, pero mientras meo los entretengo con un cuentecillo, que medio invento medio recuerdo de no sé dónde.

Hace muchos, muchos años, en una diócesis italiana (¿o era española? No, creo más bien que italiana, aunque hace tantos años no existía propiamente Italia. En fin, mejor dejarlo que me lío, que se me hace la... calla, calla). En esa diócesis empezó a correr el rumor sobre un humilde monasterio, uno de cuyos miembros —el hermano José— era un personaje de piedad admirable al que los lugareños atribuían poderes sanadores extraordinarios. Hasta se le atribuía la resurrección de un muerto, infundio

que ninguna mente sana podía aceptar. Estas habladurías llegaron a oídos del obispo, que era una persona bastante culta y por tanto atribulada, lleno de achaques y preocupado por la cercanía de la muerte, pues tenía ya más de sesenta años. La idea de un curandero prodigioso pero no sospechoso de brujería ni pacto diabólico, por su acreditada piedad, le resultó interesante. ¿No podría llevárselo a la sede episcopal como una especie de médico de urgencia y también consejero espiritual? «Caray, para algo soy obispo», pensó su ilustrísima. De modo que viajó hasta el monasterio, un trayecto bastante incómodo porque estaba muy a trasmano y los caminos no eran nada fáciles, ni siquiera para una buena carroza como la del dignatario. A su llegada lo recibió con el debido ceremonial el abad, a quien comunicó de inmediato el motivo de su visita. Para su sorpresa, el prior se mostró renuente y trató de disuadirlo de su propósito. «El hermano José es sin duda una persona excelente, pero muy muy simple: algo corto de luces diría yo, sin faltar a la caridad. Carece de toda instrucción y solo tiene cierta habilidad manual, por lo que le encomendamos tareas sencillas de mantenimiento. En cuanto a sus supuestas curaciones, si las ha habido, se deben probablemente a la sugestión de las consejas que corren sobre él, de las que desde luego no lo hago responsable». El obispo insistió de todas formas en conocer al personaje. «Es que está trabajando, su ilustrísima —se excusó el abad—. Allí arriba, míre-

lo». Señaló al tejado de un cobertizo, donde un monje con el hábito remangado se esforzaba en clavar las placas de la techumbre. «Llámelo, por favor», ordenó suavemente el obispo. «¡Hermano José!». A la llamada del abad, el monje alzó la cabeza y le lanzó una sonrisa que algunos calificarían de beatífica y otros de bobalicona. «Baje inmediatamente». El hermano José asintió vigorosamente con la cabeza y, sin perder la sonrisa, despegó del tejado, planeó con gracia no exenta de celeridad y aterrizó a los pies de su ilustrísima, a quien hizo una simpática y algo atolondrada reverencia. El abad se encogió de hombros, como diciendo: «¿Y ahora, qué?». El obispo regresó inmediatamente al palacio episcopal y abandonó su cargo. Unos dicen que ingresó en una severísima orden de clausura a cuyos miembros estaba prohibida no solo la palabra sino el frecuente pensamiento. Otros cuentan que lo vieron en el puerto vestido de colorines: estaba en una taberna, alegremente ebrio, y tenía en su regazo a una moza entrada en carnes y que las mostraba sin recato. El hermano José fue beatificado un siglo después y hoy es el santo patrono de los médicos de atención primaria.

Como el obispo de mi cuento, preferiría el milagro a la explicación racional, que a mi edad es difícil que me sea favorable. Lo malo es que no creo en milagros ni me han servido ninguno a domicilio: le ofrecí a Dios fervorosamente la oportu-

nidad de ganarse un adepto incondicional durante la atroz enfermedad de mi amada, pero no quiso o no pudo aprovecharla. Que luego no se queje. En cualquier caso, la filosofía ya no me interesa porque no necesito consuelo sino salvación: no busco la confirmación racional de lo necesario sino la revelación de lo imposible, como quiso Chestov. Y lo imposible sigue siendo cerradamente imposible para mí. De modo que mal asunto, porque ya no sé de qué escribir y si no escribo a ver con qué me entretengo. Pelo Cohete me pedía que inventara ficciones para ella: «Escríbeme un cuento, alma mía». Y para ella fueron *El gran laberinto*, *La Hermandad de la Buena Suerte* y *Los invitados de la princesa*, que le gustaron mucho. Su aprobación me hacía feliz, aunque no recibiera ninguna otra. Yo prefería su «Qué bueno, ¿no?» al premio Nobel, aunque por si acaso me procuré el Planeta y el Primavera, porque no es cosa de desperdiciar las oportunidades. Gracias a eso pude pagarle los médicos de Estados Unidos que finalmente de nada sirvieron. En cualquier caso, mi etapa de narrador murió con ella porque después de nuestras mil y una noches a la Scheherezade que fui le cortaron la lengua. De modo que ni filosofía ni relatos ni...

Al poco de hundirme en su ausencia, un compañero donostiarra de *El País*, Borja Hermoso, me ofreció la posibilidad de empezar una columna semanal de trescientas palabras que se publicaría los

sábados. Aunque a lo largo de muchos años había escrito tantos artículos de todos los temas y extensiones, nunca me había comprometido a algo tan frecuente y a la vez tan breve. Empecé con bastantes dudas, pero pronto comprendí que el formato y hasta el ritmo temporal convenían casi milagrosamente a mis tristes circunstancias. Ahora llevo ya ocho años en esa tarea sin faltar ni una semana y creo que en esa variada colección están algunos de los mejores artículos que he escrito. Cuando se acercaba el aniversario del primer año de la muerte de Pelo Cohete decidí recordarla con una columna dedicada a ella: he venido desde entonces cumpliendo ese ritual cada 18 de marzo. Es uno de los pocos caprichos personales (junto a mis comentarios hípicos) que me permito en mis colaboraciones periodísticas, siempre muy profesionales y hasta poseídas por un compromiso pedagógico a veces un poco ingenuo. Quizá más adelante vuelva sobre este asunto. Sea como fuere, esa necrológica anual son las trescientas palabras en las que invierto más esfuerzo, más pasión y más cuidadoso cariño de todas las que escribo en el año. Ni política, ni literatura, ni arte ni nada, lo que resume doce meses de mi vida son esas líneas que ya no puede leer la única persona a la que van dirigidas. Como muestra incluyo aquí la correspondiente al 18 de marzo de 2023, el día en que se cumplieron ocho años del fallecimiento de mi Pelo Cohete.